

Kansas City - Conferencia Pastoral - IMU

En ocasiones como ésta es costumbre empezar diciendo que uno está agradecido de estar aquí. Y yo ciertamente estoy agradecido. Pero sobre todo estoy sorprendido. Estoy sorprendido, porque el cuidado pastoral nunca ha sido mi punto fuerte, ni fue tampoco mi asignatura favorita en el seminario, ni siquiera después. Lo que es más, el último curso que tomé sobre el tema fue hace más de cincuenta años.

Por eso, parte de lo que quisiera hacer hoy es señalar algunos de los puntos en los que a través de los años me he ido apartando de lo que aprendí en aquellos primeros cursos de lo que entonces llamábamos “consejo pastoral”, para de ese modo recalcar algunas de las dimensiones que, desde mi punto de vista de hoy, el buen cuidado pastoral debe tener. Además, porque a lo largo de los años he aprendido a mirarlo todo desde una perspectiva teológica, intentaré relacionar cada uno de esos puntos con elementos esenciales de la fe cristiana.

En este sentido, lo primero que debo señalar es que lo que estudiábamos entonces, hace medio siglo, era un cuidado pastoral individualista. Había otras disciplinas que se ocupaban de las dimensiones comunitarias de la vida y de la fe cristiana. Para los asuntos sociales, había disciplinas como la ética social y lo poquísimas que estudiábamos de sociología de la religión. Para asuntos congregacionales, había una gran variedad de cursos: predicación, administración eclesiástica, adoración Pero lo que estudiábamos en aquel curso de consejería pastoral era cuestión casi siempre individual o privada, y algunas veces de familia, pero rara vez social, política, congregacional.

Nuestros principales ejercicios eran informes detallados, de ser posible palabra por palabra, de entrevistas que habíamos tenido con individuos. No teníamos grabadoras ni nada por el estilo, y por

tanto lo que hacíamos era, tan pronto como podíamos después de una entrevista, escribir palabra por palabra todo lo que habíamos escuchado y dicho, y describir los gestos y expresiones faciales. Eso era lo que llamábamos informes *verbatim*, es decir, al pie de la letra.

Hoy hubiera preferido que nuestra visión del cuidado pastoral hubiera sido más amplia. Hoy sé que el cuidado pastoral no es cuestión únicamente de individuos aislados, sino de individuos que viven en comunidad, y que encuentran y definen su individualidad dentro de las comunidades en que viven.

La frase misma debería decirlo: “cuidado pastoral”. Quien pastorea un rebaño se ocupa sí, de la oveja descarriada, y va a buscarla. Pero su principal tarea no es tener contenta a cada oveja, sino llevar al rebaño a su destino—a delicados pastos, a aguas de reposo, a lugares de seguridad. Lo mismo debería ser cierto de quien hoy ocupa el cargo de pastor o pastora de una congregación. Se ha de ocupar no solamente del feligrés confuso, de la persona dolida, de la joven que tiene que tomar decisiones difíciles, sino que se ha de ocupar también del rebaño entero, de la congregación. Y ha de unir ambas cosas, asegurándose de que el feligrés confuso encontrará luz en la comunidad de fe, que la persona dolida recibirá el consuelo de esa comunidad, que la joven que tiene que tomar decisiones lo hará en el contexto de su participación en la comunidad de fe.

Y, todavía en el tema de la dimensión comunitaria de la pastoral, hay que añadir que el cuidado pastoral no es tarea exclusiva de la pastora o del pastor, pues toda la comunidad de fe ha de ser una comunidad terapéutica, de modo que la iglesia toda, además de ser rebaño, es pastora.

Además es importante señalar que los pastores y pastoras también somos parte del rebaño. Nosotros también necesitamos pastor. Necesitamos que la iglesia misma, la comunidad de fe, nos pastoree. Necesitamos además personas que nos pastoreen. Y nosotros también, como toda parte del

rebaño, decimos, “el Señor es mi pastor”. Lo cual indica que nuestro pastorado, ha de modelarse en el pastorado del Buen Pastor, que da su vida por las ovejas.

Pero volviendo al tema, lo primero que hoy quisiera corregir en aquellos cursos de antaño es su carácter excesivamente individual, para darle al cuidado pastoral una dimensión colectiva y comunitaria de la que nunca se hablaba en aquellos cursos que tomé en el seminario.

Pero ese mismo punto nos lleva de inmediato a ampliar lo que entendemos por cuidado pastoral. Cuando yo estudié el tema, lo que estudiábamos llevaba el nombre de “consejo pastoral”. El nombre estaba bien puesto, pues todo lo que estudiábamos era consejería. Más adelante volveré sobre ese tema. Pero por lo pronto lo que deseo recalcar es que, puesto que lo que estudiábamos era consejería, no tenía mucha relación con la predicación, con la adoración, con la administración eclesiástica.

Cuando hoy miro hacia aquellos años, me doy cuenta de algunas cosas que entonces no veía. Los seminarios y profesores de teología estaban entusiasmados y a veces sobrecogidos por la gran explosión en las ciencias humanas que tuvo lugar a principios del siglo veinte. Así, cada uno de los cursos llamados “prácticos”—como si los demás no lo fueran—era la aplicación a la tarea pastoral de alguna de esas ciencias. Así, la educación cristiana era pedagogía aplicada a la vida de la iglesia, la homilética era comunicaciones, la adoración era estética, y el cuidado pastoral era psicología. El resultado era que cada vez que una nueva ciencia humana lograba cierto auge, surgía una disciplina paralela en el currículo teológico, que los profesores de cada una de estas disciplinas estaban en pugna constante con sus colegas, para lograr cada uno más cursos en el currículo, y que, al tiempo que hablábamos constantemente de la necesidad de integración, el currículo mismo del seminario se

desintegraba en una multitud de cursos que llegaban a tal número que ninguna de las disciplinas mencionadas se estudiaba con seriedad.

Por favor, no me entiendan mal. Creo que la homilética hace muy bien en conocer todas las teorías y técnicas contemporáneas de comunicación, que la educación cristiana tiene que conocer la pedagogía, y que el consejo pastoral requiere conocimientos psicológicos. Pero la diferencia está en que hoy, al tiempo que vemos el valor de todas esas disciplinas para nuestra tarea, vemos que todas ellas, al ser traídas a la vida de la iglesia, requieren, no sólo aplicación, sino también crítica y corrección desde un punto de vista teológico.

Cuando ahora echo una mirada retrospectiva hacia aquellos días, veo que lo que le faltaba a nuestro currículo era un eje, un hilo común que uniera todo lo que estudiábamos, y que reflejara más de cerca la realidad de la vida pastoral, en la que tales cosas como la adoración, la homilética, la consejería y la administración rara vez se presentan como realidades aisladas, sino que son parte de la vida toda de la comunidad de fe.

Teológicamente, lo que esto requiere es que nuestro cuidado pastoral se relacione estrechamente con la eclesiología. Por una serie de razones que no tengo tiempo para discutir aquí, el protestantismo norteamericano—y el nuestro, que se deriva principalmente de él—se ha vuelto tan individualista que apenas tenemos lugar en él para una doctrina de la iglesia. Para muchos, la iglesia no es más que una sociedad o club que los creyentes organizan para apoyar y sostener su propia vida religiosa individual. Así se escucha decir, por ejemplo, que vamos a la iglesia los domingos “para llenar el tanque” para el resto de la semana. De paso, un resultado de esa falta de eclesiología es que mucha de nuestra gente cambia de iglesia como cambia de camisa.

Pero eso es muy contrario, no sólo a lo que leemos en el Nuevo Testamento y a lo que ha sido realidad a través de siglos de vida de la iglesia, sino también a nuestra propia herencia Wesleyana, pues Wesley no podía concebir la vida cristiana sin iglesia, y repetidamente declaró que la vida cristiana tiene que ser vida en comunidad, y que no hay verdadero cristianismo que no sea social.

De vuelta al currículo teológico y a la necesidad de un hilo conductor, hoy me atrevería a sugerir que ese hilo conductor debería ser el cuidado pastoral. Pero el cuidado pastoral, no como lo entendíamos entonces, sino como la tarea toda de conducir al pueblo de Dios a los delicados pastos, a las aguas de reposo, al futuro desde donde Dios le llama.

Pero eso requiere que definamos, no solamente el currículo y su propósito, sino también eso del cuidado pastoral, que no es lo mismo que la consejería. El cuidado pastoral es todo lo que hacemos en beneficio del rebaño. Esto ciertamente incluye el trabajo individual de consuelo y asesoramiento con personas dolidas, confusas, atemorizadas, indecisas. Pero incluye también todo lo que la pastora o el pastor hacen para dirigir el rebaño por los caminos de Dios.

Cuando las cosas se entienden de ese modo, se vuelve posible hacer del cuidado pastoral el hilo conductor de todo el currículo teológico, como estoy proponiendo. Así, cuando se estudia adoración, al tiempo que se usan la estética y la música, lo que nos preguntamos es ante todo, ¿cómo puede nuestra adoración fortalecer al pueblo de Dios y llevarlo por los caminos por los que ha de andar? Cuando proyectamos un sermón, no nos ocupamos solamente de la comunicación, ni de la oratoria, ni siquiera de la exégesis bíblica, sino de lo que el pueblo de Dios debe oír en este momento particular de su vida, y ante ciertos retos concretos. Cuando estudiamos la Biblia, lo importante no es quién escribió un libro o cuándo, sino como ese quién y ese cuándo nos señalan lo que Dios quiere

decirle a su pueblo hoy, y a dónde quiere llevarlo. Cuando estudiamos historia, no lo hacemos por curiosidad anticuaria, sino porque en la vida de la iglesia en el pasado encontramos paradigmas, direcciones y advertencias para la vida de fe en el día de hoy.

Si de ese modo hiciéramos del cuidado pastoral el eje del currículo, esa integración de que hablábamos antes no sería tan elusiva, pues todos los estudios y todas las disciplinas tendrían el propósito claro de prepararnos para ese cuidado.

Para aclarar cómo todo esto funciona, echémosle una mirada a la adoración. En la iglesia antigua, el domingo los creyentes no se arrodillaban para orar. Así, sin más, esto no parece tener gran sentido. Pero para aquellos creyentes sí tenía mucha importancia. La inmensa mayoría de los miembros de la iglesia era gente que no contaba para mucho en la sociedad. En la sociedad se les despreciaba, y había toda una jerarquía social que constantemente les obligaba a dar señales de respeto a quienes estaban por encima de ellos y de ellas. Pero ahora la iglesia les decía que, en virtud de la resurrección de Jesucristo, eran hijas e hijos adoptivos de Dios. El domingo era el día en que se celebraba tanto la resurrección de Cristo como la adopción de quienes en la iglesia se unían a él. Luego, aunque en otros días era apropiado acercarse a Dios como humildes peticionarios, el domingo nos acercamos a Dios como hijos y herederos del Rey, como príncipes reales. Luego, el culto mismo tenía una función de cuidado pastoral, de afirmación a aquellas personas a quienes la sociedad negaba.

Y, sin que nos demos cuenta de ello, algo semejante sucede en muchas de nuestras iglesias. María es pobre, y vive con sus hijos en un apartamento oscuro a donde tiene que subir por escaleras mugrientas, en uno de los barrios más pobres y descuidados de la ciudad. Trabaja de conserje en la escuela. Son pocas las personas que la tratan con respeto. Hasta el personal docente de la escuela, que

debía tener más sentido de respeto, la trata de “tú”, mientras que se ofenderían si ella hiciera lo mismo. Pero ahora viene a la iglesia y María la conserje, a quien nadie le da título alguno, ahora es la hermana María, y el pastor y toda la congregación la llaman de “hermana María, usted...” Para María, aquello es todo un evangelio de respeto y dignidad.

Luego, el cuidado pastoral va mucho más allá de lo que sucede en situaciones de consejería. Y me limito a un ejemplo por falta de tiempo, pero ejemplos semejantes se pueden encontrar en la homilética, en la administración, y en todo otro elemento de la tarea pastoral.

Pero para que eso ocurra es también necesario, como decía antes, que empecemos por librarnos de la visión limitada que antes teníamos del cuidado pastoral. Cuando yo estudiaba, el cuidado pastoral y la consejería pastoral eran prácticamente lo mismo. El primer resultado de esto era que, como ya he dicho, la consejería tenía que ponerse en la cola donde se repartían los cursos del currículo, y pelear constantemente con quienes querían más Biblia, más educación, más homilética. El segundo resultado, frecuentemente mucho más trágico, era que no siempre entendíamos adecuadamente qué era eso de la consejería o asesoramiento pastoral, de modo que, sin estar preparados para ello, nos creíamos terapeutas. Ciertamente hay un lugar en la diversidad de ministerios para la consejería pastoral en que se aplican las mejores teorías y prácticas de la terapia; pero eso no quiere decir que todo pastor o pastora debe aspirar a ser consejero o consejera en ese sentido de practicar la terapia. Lo que es más, muchos de nosotros haríamos mejor dejándole tal práctica a quienes de veras se han preparado para ella. La tercera es que, puesto que la falta de integración que existía en el currículo se extiende entonces a la práctica pastoral misma, la pastora tiene que ser psicóloga, oradora, administradora, música, educadora, y hasta taxista. El resultado es que se eclipsa el sentido de vocación, se pierde el

entusiasmo, y a la postre se llega al famoso “burnout”.

Pero volvamos a aquellos cursos de consejería pastoral que tomé hace medio siglo. La meta principal de lo que se nos enseñaba era ayudar a las personas a ajustarse a sus circunstancias. Tanto era así, que se hablaba frecuentemente de personas “desajustadas” a quienes nuestro trabajo pastoral podía ayudar en un proceso de reajuste. Ciertamente hay personas desajustadas, quienes necesitan de ayuda para funcionar dentro de la sociedad—aunque lo cierto es que son pocos los pastores y pastoras que tienen los instrumentos necesarios para la terapia profunda que tales personas necesitan.

Pero lo que frecuentemente olvidábamos en aquellos cursos es que hay muchos elementos en la sociedad presente a los cuales como creyentes no deberíamos ajustarnos. Cuando decíamos que nuestro propósito era ayudar a las personas a ajustarse, estábamos dando por sentado que si la persona tenía conflictos con la sociedad circundante, ello se debía a la persona, y no a la sociedad.

No creo que haya que decir mucho acerca de cuánto mal todo esto le ha hecho a nuestro pueblo. Nuestra gente tiene sobradas razones para no ajustarse a la sociedad circundante. Pero con demasiada frecuencia tanto nuestra teología como nuestra práctica pastoral dan la impresión de que el problema es de ellos, y no de la sociedad que les rodea.

La vida cristiana es por definición vida de desajuste dentro de una sociedad corrompida por el pecado y la injusticia. Nuestra tarea pastoral no es entonces ayudar a la gente a ajustarse, sino a distinguir entre el desajuste que es apropiado y el que no lo es. Hay razones por las cuales en sus mejores tiempos el pueblo cristiano no se ha ajustado al orden social. La injusticia, el racismo, la opresión, el abuso, no son elementos a los cuales debemos ajustarnos; y sin embargo, de diversos modos, son parte aparentemente aceptable de toda sociedad humana. Luego, el cuidado pastoral, en

lugar de ayudar a las personas a ajustarse a lo que sea, debe darles los criterios y el apoyo para vivir como quienes de veras creen en un mundo mejor.

Naturalmente, esto acarreará problemas. La sociedad circundante es como una parada en la que todos marchan al ritmo de la banda. En medio de la parada hay algunos que son sordos, no oyen el ritmo, y marchan como les parece. Tales personas requieren ayuda para escuchar el ritmo que todos escuchan. Pero hay otros que sí oyen, pero tienen en el oído uno de esos aparatitos que permiten escuchar la radio. Estas otras personas sí oyen, pero oyen otra música. Puesto que oyen la misma música, marchan a ritmo, pero no al ritmo de la banda. Por eso bien les pueden acusar de desajustados, de perturbadores, y confundirles con quienes se niegan a marchar a ritmo alguno. Pero no; lo que sucede no es que no escuchen la música, o que no quieran marchar a ritmo, sino que escuchan una música diferente.

En cierto sentido, ésta es la función del cuidado pastoral: ayudar al pueblo de Dios a escuchar la música de la justicia, de la dignidad, de la liberación y de la esperanza; ayudarle a mantenerse firme en medio de la parada en la cual no parece encajar.

Teológicamente, podríamos decir que ésta es la dimensión escatológica del cuidado pastora. Porque la escatología no es cuestión de si estamos en el quinto sello o en la sexta trompeta. La escatología es cuestión de esperanza. Es cuestión de una esperanza que nos permite vivir en la sociedad presente como quienes sabemos que los designios de Dios van mucho más allá de esa sociedad, que el día vendrá de paz y justicia.

Y esa esperanza escatológica completa el círculo con lo que decíamos al principio acerca de la dimensión comunitaria del cuidado pastoral. Porque aunque las películas de Hollywood y la mitología

popular nos hablen de almas o de angelitos flotando en las nubes, cada cual con su teléfono privado para acercarse a Dios, y sin vecinos que le molesten, la verdad es que cuando la Biblia habla de la esperanza escatológica lo hace en términos comunitarios, pues las dos imágenes más frecuentes son la del Reino de Dios y la de Ciudad Santa. Y tanto un reino como una ciudad son entidades comunitarias, con cierto orden social.

La esperanza del Reino prepara al pueblo de Dios para el día en que tomarán sus espadas en azadones, y sus lanzas en rejas de arado, cuando se sentará cada cual debajo de su higuera y debajo de su vid, y cuando nadie les amedrentará. Y la esperanza de la ciudad es un orden de amor tal que el rey mismo de la ciudad enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

Es sobre la base de esa esperanza que practicamos el cuidado pastoral, como pastores que atisban los verdes prados, y conducen con amor el rebaño de Dios.